

JUAN CARREROS

JUAN CARLOS MARTÍN APARICIO

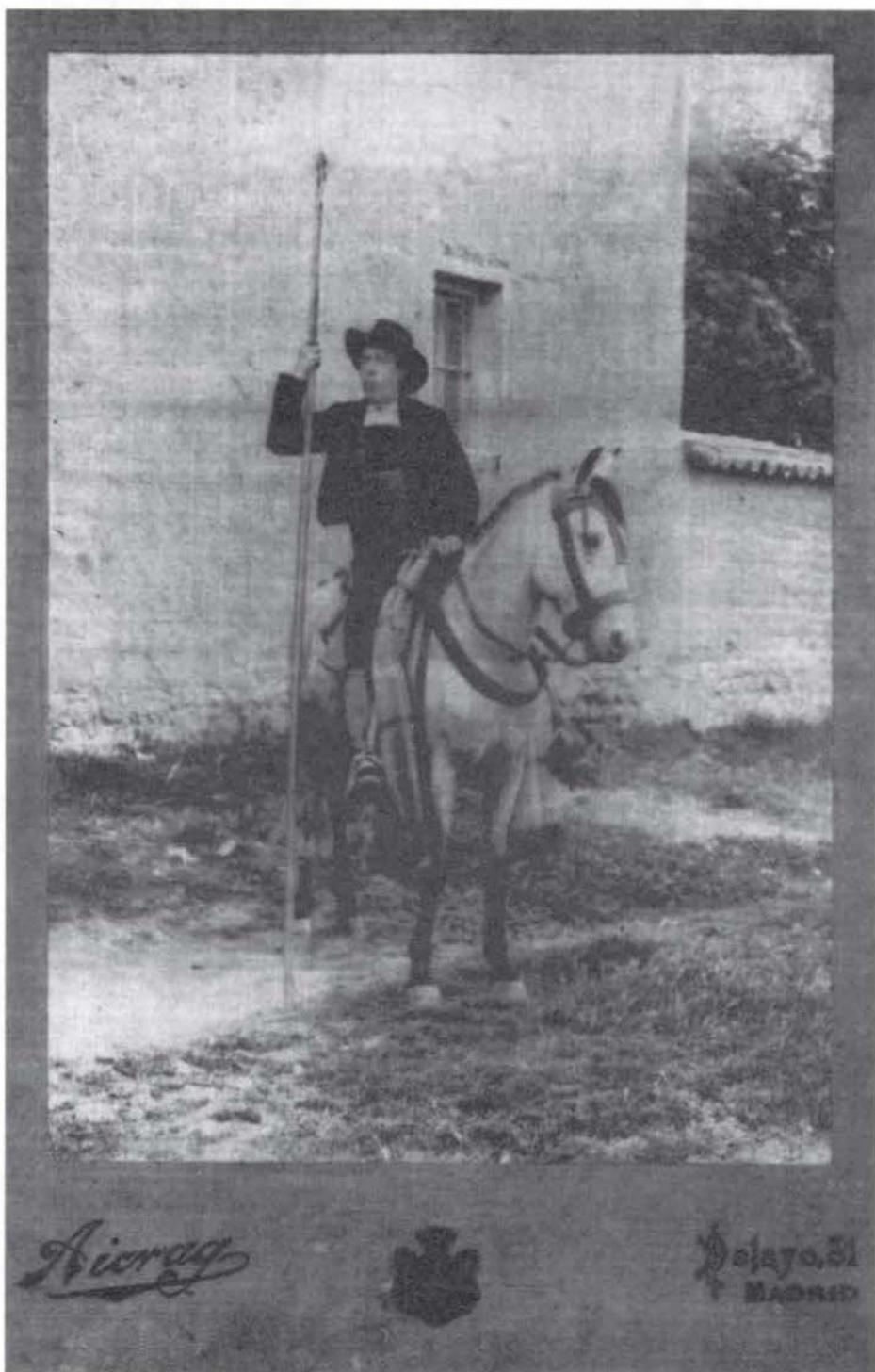
Juan Manuel Sánchez Hernández nació en Calzada de Don Diego allá por los años treinta, es decir, finalizaba el primer tercio del siglo diecinueve. Hijo único de una familia de labradores y ganaderos acomodados, cuando era aún un adolescente se instaló en la finca de Carreros que está a un galope de Calzada, su pueblo natal. Calzada de Don Diego es el corazón de la Armuña Chica, como se conoce en Salamanca un terreno de labor que va desde la carretera de Doñinos a la de Ciudad Rodrigo, de norte a sur; y de este a oeste, treinta y cinco kilómetros a lo largo de la Nacional de Portugal hasta llegar a la Aldehuela de la Bóveda.

Calzada de Don Diego fue el coto principal del duque de Tamames, y donde tenía construido su palacio, ya que casi todas las fincas de esta comarca pertenecían a la aristocracia o a la nobleza de Castilla. Juan Manuel, como todo labrador de esta tierra, era muy apegado a su pueblo y por eso siendo mozo escogió Carreros para vivir. Carreros, una alquería muy famosa desde tiempo inmemorial, tiene una extensión aproximada de setecientas fanegas, una trescientas hectáreas, muy reducida para la dimensión de una dehesa salmantina.

Carreros pertenece a Tabera de Abajo y llega a la vía férrea que une la frontera con Salamanca por el lado de adelante y por detrás, linda con Sagos. Está compuesta por tres partes claramente identificadas: una de pastos con sus famosas garrías, otra de labor y de gran productividad y una tercera de monte de encina. Allí, en una casa que perteneció a sus antepasados desde el siglo dieciocho, Juan Manuel Sánchez Hernández plantó sus reales. Se casó con Juana Sánchez Rodríguez emparentada con casas ganaderas tan importantes como las de Llen, Terrones y Coquilla. En mil ochocientos setenta, decide hacerse ganadero de reses bravas, como eran sus parientes, compra la mitad de la vacada del ganadero Carlos López Navarro que tenía formada con reses de la tierra y reses jijonas procedentes de Navarra, y lleva el ganado colmenareño a sus tierras de Salamanca.

Ya es ganadero de bravo Juan Manuel Sánchez y como sus contemporáneos, todos emparentados (tenía como común denominador el apellido Sánchez), decide anunciarse con el nombre de su finca, es decir, Carreros que acuñó para siempre su nombre de Juan Carreros o Juanito, que le decían los más allegados.

Primero contaré que fue un hombre peculiar, de gran personalidad, que vistió siempre de charro. Paso a describir como era el traje charro. Había dos clases de



JUAN MANUEL SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, «JUAN CARREROS»

ropa: la de campo y la de fiesta. La de campo, de uso más común, estaba compuesta por unos botines de elástico a un lado y se cubría la pantorrilla con unas polainas de cuero *repujado*, siempre negro. Después el calzón que se ajustaba más abajo de la rodilla y llegaba hasta la cintura. Era ajustado a la pierna y por la parte delantera no tenía petrina, sino una faltriquera que se levantaba y se ataba con unos cordones de cuero a los costados. La parte de arriba estaba compuesta por un camisón de hilo que tenía cuello de tirilla, pechera bordada y mangas largas. Luego venía el chaleco, encuadrado siempre, y la casaquilla, prenda perecida a la chupa corta de los andaluces o, mejor dicho, a la chaquetilla de los bandoleros serranos del siglo diecinueve. Al cinto, por debajo mismo del pecho y llegando a la ingle, los charros vestían la mediavaca, que era una pieza de cuero enteriza que cubría todo el pectoral, pero no solamente el vientre, sino el pecho también. Decían los charros antiguos que la mediavaca daba enjundia y era, sencillamente, porque la mediavaca hacía al hombre tan varonil que permitía arrodillarse ante Dios y no inclinarse ante los hombres. La mediavaca permitía que el charro estuviese siempre, desde muy niño, erguido. En cuanto al traje de gala era el mismo que el de faena pero sustituyendo la mediavaca por una faja de paño negro y las polainas de cuero por unas de seda fina. La gorrilla que cubría la cabeza de nuestros antepasados era un tocado parecido al sombrero calañés.

Juan Manuel Sánchez de Carreros comenzó a lidiar a su nombre en mil ochocientos setenta y tantos. Existen carteles que acreditan su presencia como ganadero en Salamanca en mil ochocientos ochenta, algún año antes de inaugurarse la actual Plaza de la Glorieta, que ha cumplido últimamente el centenario. Pero ya lidió algunos años antes en la antigua plaza de toros de Salamanca. Su popularidad traspasó enseguida los límites de la provincia porque fue el primero que comprendió que la comercialización de la ganadería brava no era un capricho heredado, propio de gente rica, de nobles y de aristócratas, sino una forma novedosa de explotar las dehesas del campo de Salamanca, que era el suyo. Comenzó criando toros a grandes dosis, hubo años en que lidió más de doscientos entre añojos, novillo y toros y llegó a tener dos mil vacas. Explotó fincas en propiedad como Carreros, en Tabera de Abajo, Amatos, el Prado de San Pedro, Membrive, Segovia, Fuenterroble de Arriba y Fuenterroble de Abajo aparte de otras muchas en arriendo hasta llegar a tener tierra en siete provincias diferentes.

No tenía a sus espaldas herencia o tradición de ganadero de bravo y terminó siendo ejemplo de crianza de reses de lidia. Como decía, su explotación fue al por mayor. Tenía animales de todos los precios, al alcance todas las fortunas y de los más variopintos empresarios. En sus hipermercados de Carreros había para todos, desde para una plaza de categoría hasta para los serranos de Sequeros y además de comprar y vender machos para la lidia, proporcionó vacas para formar más de una ganadería. Años más tarde otro ganadero salmantino siguió los pasos de don Juan Manuel. Se conoce el caso del difunto Atanasio Fernández que siguió la escuela del

viejo Carreros y consiguió, como él, sacar reses y sementales para nutrir una multitud de ganaderías.

Relato algunos escritos que sobre él publicaron los cronistas de su época: «A pocos de los más afanados criadores de reses bravas les cabe mejor la consabida coletilla de ganadero de toros bravos. Y es, en verdad, porque este charro ilustre, inteligentísimo y bueno es uno de los ganaderos más populares, no solo en la región castellana sino en España entera. Nadie, absolutamente nadie, que se precie de regular aficionado ignorará la existencia de este ingenio, de este gran hombre que va por el mundo luciendo su típico traje charro, que conoce como nadie los secretos de la cría de reses bravas, los tercios de la lidia, las condiciones buenas y los defectos, por difíciles que sean de apreciar, del toro de lidia. Preguntarle a Guerrita, a Mazzantini, a Fuentes, a los Bomba..., preguntarle digo, por Juanito Carreros a Miura, a Pablo Romero y a Saltillo».

«Don Juan, desde que fundó la ganadería, ha sido uno de los ganaderos que más toros ha criado y que más ha vendido también, Miura y él han sido durante muchas temporadas, y lo siguen siendo, los que más corridas han dado. Don Juan suele ser, al menos en la provincia de Salamanca, un libro de consultas que manejan todos los ganaderos de la tierra y a él acuden en sus dudas y en sus proyectos de mejora, cruces y selecciones de las ganaderías y en todo aquello, en fin, que tenga al que ver con la cría de reses bravas. Y es que don Juan, ya lo hemos dicho, sabe como nadie de toros y aún de toreros. Si se hubiese preocupado de hacer buena ganadería, de intentar conquistar éxitos y más éxitos y de querer ser el primero en estas cosas qué duda cabe que lo hubiera sido. Así y todo, yo creo que lo fue».

«De sus reses se ha hecho un tipo de toro que no se confunde con ningún otro y ha conseguido, casi sin pretenderlo, hacerse popular. Don Juan Carreros es un hombre apacible, simpático, charro de veras, de quién, según Bombita, dice un amigo común y literato: «es el charro que mejor habla el castellano, que más sabor clásico le da».

Debutó en Madrid como ganadero en el año ochenta y seis y aquella tarde salió una superior corrida que estoquearon Frascuelo y Mazzantini. Continuó anunciándose en la Villa y Corte hasta la primera época de Mosquera como empresario y toros célebres ha dado don Juan por esas plazas un buen número de ellos. Entre los más famosos figuran: *Recortao*, lidiado en Santander el 23 de julio de 1.883, toro magnífico que tomó veintidós varas, dio diecinueve caídas y mató catorce caballos. En esa misma corrida se lidió *Naranjero* que admitió diecinueve varas y mató ocho caballos. Entre los seis toros lidiados aquella tarde tomaron setenta y tres puyazos y la corrida la estoquearon Fernando «El Gallo» y Ángel Pastor junto al inolvidable Mazzantini. Esas cabezas se conservan disecadas en la casa de Carreros de Fuenterroble. Otro toro célebre fue *Redondo*, lidiado en Palencia que tomó doce varas y mató nueve caballos. Aporto el dato de que la plaza de toros de Palencia fue inaugurada por toros de Carreros al igual que la antigua de La Coruña.

Fue el primer ganadero que lidió toros en México en mil novecientos tres en una corrida extraordinaria homenaje a los tripulantes del Nautilus y que despacharon en la capital azteca, el día ocho de marzo del citado año, los diestros Zacato, Reverte y Chicuelo.

En Sevilla debuta en mil ochocientos noventa y seis con Costillares, Padilla y Guerrerito. Dieciséis años desde el debut en su tierra tardó Carreros en decidirse a llevar toros a Sevilla. Era íntimo amigo de Miura y la cátedra de la capital del Betis debió imponerle un tremendo respeto. En mi casa de Carreros de Fuenterroble conservo un cartel muy interesante en donde pone: *Gran acontecimiento, debut de toros salamanquinos en la Plaza de la Real Maestranza de Caballería. Toros de Carreros. Año 1.896*, y no pone quién los mataba.

Juan Manuel Sánchez de Carreros tuvo una vida apasionante dentro de que, pienso, criar toros bravos en aquella época era más fácil que ahora porque no existía una competencia tan feroz como la que hay en los momentos actuales. El toro, lógicamente, se lidiaba con cuatro años para cinco, alimentado básicamente por pasto natural aunque se remataba el último año, es decir, de cuatreño con cinco hierbas, a base de pienso. El pienso o grano, como se decía antes, era molido de habas naturales, garbanzos negros y *garrobas*. Un alimento excesivamente proteico y poco equilibrado pero que proporcionaba al toro de aquellos tiempos una agresividad extraordinaria y un genio que emocionaba a los públicos.

Reproduzco una inscripción que sirve para recordar al toro *Azuceno* de la divisa de Carreros que reza debajo de su cabeza disecada: *Toro colorao, ojo perdiz, muy bravo en el caballo. Tomó siete puyazos matando tres caballos. Lo mató José Gómez Ortega «Gallito». La faena consistió en tres ayudados por alto, dos por bajo, tres naturales con uno forzando de pecho, un Kiquirikí, un molinete, le tocó el pitón y entró a matar al volapié.*

Comparando esta faena de Joselito o Gallito, como se le decía, en Sevilla, con las faenas actuales que llegan a los doscientos muletazos no cabe pensar otra cosa que en la diferencia del toro en ambas épocas. Por entonces, el toro se medía en el caballo y toda la faena de muleta no tenía otra función que preparar al toro para la muerte. Ese toro, al igual que hicieron sus compañeros, fue el que consiguió criar Juan Carreros.

Como dato curioso en la vida ganadera de Juanito Carreros puedo indicar que jamás tuvo plaza de tientas en su finca. El consideraba, era su credo, que la ganadería brava era un oficio de hombres y que jamás debía mezclarse con la familia. Fue amigo de todos los toreros de su época pero jamás consintió que fueran invitados a la casa donde vivía con su mujer y sus hijos. Por esta causa nunca tuvo plaza de tientas en la finca donde vivió; la tenía en Fuenterroble, construida en piedra y con el redondel de madera. Fue hombre ahorrativo y en una corrida de toros que lidió en Zaragoza, como el empresario, que tenía plazas portátiles, no le pagó, el ganadero se cobró el importe del festejo con parte de las maderas de una de las plazas, que trasladó a su finca de Fuenterroble y que hizo de anillo. La plaza no tenía palco como las de su época y era de piedra muy simple y sin grandes lujos. Esa plaza de tientas yo la he remozado, es donde actualmente tiento y esta ubicada en Carreros de Fuenterroble. Aclaro que antepuse el sustantivo de Carreros a la finca de Fuenterroble en honor de mi bisabuelo.

Carreros, la finca original, no tenía plaza de tientas pero sí embarcadero porque los toros siempre los tuvo allí y a la hora de salir del campo era más funcional el

tren. Para ello construyó el embarcadero de Roblicita en tierras de Tello-Sancho y cerca de la estación. Fue uno de los primeros de la provincia cuando allá por últimos del siglo pasado los toros comenzaron a viajar en ferrocarril, abandonando para siempre su paso por las cañadas o veredas de la mesta. El embarcadero de Roblicita fue anterior al del Villar de los Álamos y se ha conservado hasta los años sesenta cuando la familia Pérez-Tabernero de San Fernando embarcó una última corrida antes de que llegara el boom de los camiones.

Otro aspecto curioso de don Juan Sánchez de Carreros como criador de toros de lidia, es que sus toros, aún lidiándose de cinqueños, permanecían en un cortino pegado a las casas sus últimos dos meses de vida. Don Juan decía que los toros tenían que comer yerba, pero yerba floreado, en mayo, hasta pasado san Isidro que los terrenos se secan. Entonces metía los toros en un cercado muy chico y les ara el terreno.

Aunque montaba a caballo no pasó a la historia como buen jinete. Montaba para los traslados y jamás usó una garrocha de palo largo; gastó siempre porra que era un palo de un metro y medio de largo con una cachiporra al final que se sacaba de una raíz, normalmente, de avellano. Esa era su arma para manejar los toros bravos. Fue muy aficionado a los perros, sobre todo a los perros chatos, que como ha demostrado el tiempo, son más eficaces que los garrochazos y las carreras que lo único que consiguen a la hora de mover los toros es enseñarles vicios.

Nunca tentó a campo abierto y si ejerció la retienta. Pensó siempre que la selección de la ganadería está en la hembra y por eso cuidaba mucho a las becerras. Retentaba las vacas de ocho a nueve años y la que no le gustaba, aún a pesar de haber dado buenos productos, la desechaba. Practicó también —yo creo que fue el último que lo hizo— la tienta con cesto. Consistía esta labor en meter la vaca de retienta en un corral. Ponían un cesto lleno de paja mezclado con piedras, daban suelta a la vaca, el ganadero observaba que hacía la hembra con el cesto y, dependiendo de la acometividad que el animal empleara con este artilugio, sacaba sus notas y aprobaba.

* * *

Don Juan Manuel Sánchez de Carreros, aparte de su vida ganadera, tuvo un perfil humano apasionante.

Fue un hombre que hizo de la cría de ganado bravo, adelantándose a los tiempos, una profesión y un sentimiento unido a su propia forma de ser y entender la vida. Nunca se apartó del campo y de sus orígenes y supo compaginar sus actividades profesionales con otros círculos de la vida social e intelectual de la capital de provincia en la que le tocó vivir. Don Juan Manuel Sánchez Carreros se codeó con todos los personajes representativos de su época en Salamanca. Fue amigo de Miguel de Unamuno, de Sebastián Miranda, de Ortega y Gasset, de Zuloaga y de Echevarría y frecuentó los ambientes universitarios y literarios siempre, les recuerdo, vestido de charro.

A propósito de su vestimenta contaré una anécdota que le sucedió en Madrid. Estaba invitado a la ópera por su amigo íntimo el duque de Tamames. Llegó a la capital como siempre vestido de charro y al entrar en la función del Teatro Real un portero le indicó que para el acto se exigía traje de gala. Juan Manuel Sánchez de Carreros, quitose la capa con que se cubría y enseñando los doce botones charros, de oro, que adornaban su pechera le dijo: «*Le parece a usted poca gala este traje. Yo soy Juan Manuel Sánchez, el ganadero de Salamanca, si usted lo cree conveniente déjeme entrar, si no es así vuelvo a mi tierra*». El portero enmudeció, le dejó pasar y el ganadero ocupó su sitio en el palco junto al duque de Tamames.

Físicamente se le recuerda como un hombre de gran envergadura, delgado, con uno ochenta y cinco de estatura, bien parecido, seco, duro y bravo delante de las mujeres. Se cuenta que en una ocasión iba en tren desde Salamanca hasta Medina de Rioseco donde llevaba arrendado unos prados. Tenía convenido con el maquinista que aminorara la marcha al llegar a sus tierras para tirarse en marcha, allí le esperaba un caballo, revisaba la explotación y volvía a coger el tren de vuelta, por el mismo sistema. Aquel día le tocó de vecina en el asiento una señora de buen ver y se entusiasmó charlando con ella. Al llegar la hora de bajarse se despidió de la dama, pero mira por donde, aquel día el conductor de la locomotora no era el habitual y no aminoró la marcha, Juan Manuel se inclinó y le dijo a la señora «*Señora ha llegado el momento de bajarme, ya nos veremos*». Y se tiró. El convoy iba a unos sesenta kilómetros por hora y el vaquero que estaba esperando con el caballo juró que salió, el ganadero, ileso del calabazazo.

Con los hombres también debió ser fino. Una tarde que estaba tentando en La Dueña, una finca charra que llevó treinta años en arriendo, unas vacas grandes y cornalonas y Ricardo Torres Bombita era el encargado de tentarlas salió a la arena una de ellas impresionante y el torero cordobés dudó en pararla. Juan Carreros, ochentón, no lo dudó un instante, quitose la capa con que cubría su traje charro de campo, salió del burladero y con tres lances paró la vaca y la dejó en los medios. Entonces, volviéndose a Bombita, dijo: ¡*Toreros!*!

Pero no todo van a ser piropos para el viejo ganadero que estamos recordando. Tuvo sus defectos, y grandes, derivados de su soberbia. Como estamos aportando vivencias de su persona, aquí va otra que refleja su orgullo exagerado. En una ocasión mandó levantar la calleja de Carreros que une Tello-Sancho con Las Navas. Había que mudar unas piedras de gran tamaño y era invierno cerrado. Los criados llegaron a casa del amo, como vulgarmente llamaban los ganaderos de entonces a la mano de obra y viceversa, y le dijeron: «*Amo, somos solo cuatro hombres y dos bueyes y no podemos mover unas piedras tan grandes como usted lo ha ordenado*». «*Ahora mismo voy yo para demostraros cómo con cinco hombres y la junta se hace el trabajo que os he mandado*», contestó. Efectivamente, don Juan Manuel Sánchez de Carreros, se levantó salió de la cocina y llegando a la calleja se *sostribió* en una encina cercana gritando: «*Venga, empezad a trabajar*». El se cruzó de manos y sólo con su presencia se con-

cluyó la faena. Al final, cuando volvía hacia la casa exaltado por sus obreros les comentó: «*Veis como con cinco hombres se puede hacer cualquier trabajo*». y volvió a la lumbre de su casa ganadera.

Era muy ahorrativo y tenía por costumbre decir que ningún hombre se hace rico si para encender un cigarrillo a caballo necesita una cerilla.

También era un machista redomado. Cuentan que su mujer, Juana, le esperaba pacientemente en casa. El viajaba, salía, entraba y cuando le preguntaba su esposa: «*Juan, ¿Cuándo vuelves?*», él contestaba: «*Cuando me veas entrar por esa puerta, es señal que he llegado*». Era hombre de pocas palabras, un charro lígrimo y cuando Juana, o alguno de sus hijos, quería conversación él terciaba así: «*Cállate que estoy rezando*», y nadie supo jamás si verdaderamente oraba o conspiraba.

Juan y Juana tuvieron una hija primogénita llamada Ángela que se casó con Eduardo Aparicio, de Ciudad Rodrigo. Luego nació Fernando Bienvenido que, a causa de un golpe que sufrió cuando era un niño, salió disminuido. Carlota, la tercera, de una gran belleza y que murió muy joven y, por último Hiscio, que estuvo enfermo toda la vida, fue su heredero y no quiso seguir con la tradición ganadera de su padre. Testó todos sus bienes a su única sobrina, Carlota Aparicio Sánchez, hija de Angela y Eduardo y que fue mi madre.

Don Juan Sánchez de Carreros no quiso que su obra se estropeará. Por tanto, con ochenta años largos y viendo que la única descendiente de su hija Angela era también niña, mi madre Carlota, consideró que su obra no debía transmitirse por línea femenina. Era consciente que Hiscio, su heredero, estaba enfermo y un año antes de morir se vendió su vacada en lotes pequeños para que no pudiera rehacerse. La divisa se la cedió a los antepasados del actual Raboso, un tal Federico Matías Bernardo de Sancti-Spiritus, y actualmente la luce la ganadería de los Guateles. Treinta años después de la muerte de este hombre ejemplar sus bisnietos Juan Carlos y Fernando Martín Aparicio volvieron a poner en órbita el hierro de Carreros con el dibujo del recatón entrelazado con una «C» y anunciando su ganadería a nombre de Carreros.

Volvamos a Juanito Carreros y a sus raptos de soberbia para recordar como encajo el anuncio de boda de su hija Angela con el aristócrata de Ciudad Rodrigo, Eduardo Aparicio. La desheredó. Y mantuvo su palabra hasta el final, hasta que el destino quiso que su yerno muriera antes que él.

Una noche viniendo de la feria de Valladolid, Eduardo Aparicio, mi abuelo, cogió una pulmonía y se puso malo enfrente de Carreros cuando viajaba por la carretera. No se pensó y lo trajeron a casa de su suegro que era la más cercana, allí murió a los diez días. Después de su óbito le preguntaron al amo: «*Amo, ¿que hacemos con la habitación?*» y simplemente indicó: «*Sacar los muebles y prenderles fuego, desinfectar la habitación y aquí no ha pasao nada*».

Eduardo Aparicio dejó en su testamento dicho que lo enterraran en Fuenteguinaldo, su patria, y así se hizo. Luego, su sino quiso que cuarenta años más tarde, Carlota, su única hija, trasladara sus restos a panteón familiar de Carreros. De esta forma los restos de Eduardo Aparicio, que nunca se habló en vida con su suegro Juan Carreros, descansan juntos para la eternidad.

Murió don Juan Sánchez Hernández en el año 1926 en su casa-palacio de Abrantes que estaba en la calle San Pablo de Salamanca y había adquirido en 1.904. Fue un mes de octubre y se enterró en Carreros.

Dediquemos un recuerdo entre estas líneas a su mayoral, Venancio. Otro, a un cabestro llamado Colegial, negro, bociblanco, oriundo de las comarcas linderas sayaguesas de Zamora. Fue un cabestro excepcional cuya cabeza disecada se conserva en el zaguán de la casa de Carreros.

Muerto don Juan, el gran poeta charro José María Gabriel y Galán, dicen, le dedicó unos versos que otras opiniones indican que están inspirados en el amo Santiago el de Terrones. Sea como fuera la composición El Ganadero, se ajusta perfectamente a su idiosincrasia. La voy a reproducir, dice así:

GANADERO

*Tiene un viejo caballote
de gigantesca armadura
buen correr, mala andadura,
largo pienso y alto trote.
Tiene dos perros de presa
de ancha boca bien dentada
por si una res empicada
se le desmanda en la dehesa.*

*Tiene dos galgos zancudos
de ojos vivos como chispas,
flacas cinturas de avispa
y curvos dorsos huesudos,
dos destructores crueles
de las liebres y los panes
pues corren como huracanes
y comen como lebreles.*

*Tiene nada a lo moderno
perdiz de ancho jaulón
escopeta de pistón
con polvorines de cuero
y tiene tan larga capa
tan ancha capa de paño
que al caballote castaño
nalga y cuello le tapan.*

*Y es que el intrépido charro
juega tan bien a la calva
que no hay en tierra de Alba
quien no respete a un charro.
No hay labrador ni vaquero
de tan brava manera
que coja una manta torera
y eche a rodar un utrero.*

*Nadie como él ha lucido
yeguas en las cuatro apeas
ni mantas en las capeas
ni marros en el ejido,
rumbo en las romerías,
maña en los retajaderos,
fuerza en los herraderos
y en las tientas valentía.*

*Gran pensador de negocios
ladino en compras y ventas
serio y honrado en sus cuentas
bravo y zuntón en sus negocios
vividor como una oruga
su vida es siempre ésta:
con las gallinas se acuesta
con las alondras madruga.*

*Clavado en la dura silla
de su viejo caballote
se va a Extremadura al trote
y al trote torna a Castilla
y trama allá montaneras
y arrienda aquí espigaderos
y busca allí invernaderos
y goza aquí primaveras.*

*Y viene y va con ganado
y vende y vuelve a arrendar
y paga y vuelve a criar
y siempre está atareado
y entre tantos trajinares*

*aún puede al año unos días
lucirse en las romerías
de los rayanos lugares.*

*Pocas habrá tan certeras
cual sus sagaces miradas
para arrendar otoñadas.*

*Pocas habrá tan certeras
cual sus sagaces miradas
para arrendar otoñadas
y calcular montaneras.
Pesar un novillo a ojo
vender oportunamente
saber observar prudente
saber mirar de reojo.*

*Mas ¡Ay! que todo declina
ya no baila ni capea
ya no lucha ni pulsea
va «pa» viejo ya se arruina
ya son su grave figura
y su aspecto antes bizarro
sobras de aquel cuerpo charro
que fue broncín de escultura*

*Y no hay que hacerse ilusiones
porque al charro más valiente
si se le arruga la frente
se le arrugan los calzones.*

Cierro estas páginas dedicadas a glosar el recuerdo de mi bisabuelo Juan Sánchez Hernández indicando que a este hombre, Juanito Carreros, nunca se le conoció una debilidad. Eso sí, tuvo una pasión: su nieta Carlota. Para ella conservó su hacienda y no así su legendaria vacada porque él, todo un «moro», nunca quiso mujeres ganaderas entre su descendencia.

Pero hay un detalle que contradice tanta soberbia y tanta coherencia. En un herradero en Fuenterroble en el año mil novecientos escogió un becerrito colorado y mandó llamar a su única nieta, mi madre, que tenía cinco años por entonces para que fuera ella —¡una niña!— quien señalara al que sería un toro glorioso de su divisa. Fue lidiado y muerto a estoque por José Gómez Ortega «Gallito» en el año

mil novecientos trece y Joselito, conociendo la historia de aquel toro, lo brindó a la nieta del viejo ganadero una tarde que estaba sentada al lado de su abuelo en una barrera de la plaza de Salamanca.

Luego, en los años cincuenta de este siglo, la cabeza disecada de este toro, de nombre Azucena, fue donada en depósito por mi padre, Juan Martín, al Museo Taurino de Madrid. Yo la rescaté hace poco para que fuera el símbolo de su presencia en mi familia y el recuerdo de la vida y obra de Juan Sánchez. Aquí la tengo colgada en Carreros de Fuenterroble, la finca donde escribo estas cuartillas, con el deseo de que nunca salga de esta tierra.